

VII Certamen Cartas de Amor Villa de Mijas (2002)

Primer Premio: “Sin título”
por Juan Felipe Simón Sanjuán

Cariño, desde que te conocí... ¡bueno!, desde que te voy conociendo (¿acaso le es dado al ser humano conocer de veras a alguien...?), que en eso consiste precisamente el amor, en un irse comprendiendo, aceptando a través de voluntarias indagaciones o casuales hallazgos; como te decía, desde que te conocí acudes sin llamarte a mi diario pensamiento. Sin necesidad de evocarte te acercas, corriendo o al paso, volando o trepando por invisibles arboledas, y te posas sobre mí impregnándome ya de tu silueta, de tu rostro sereno, de alguna palabra mágica, de aquella caricia indescriptible o de una mirada insobornable por ancestral y genuina.

Cuando te conocí yo andaba cruzando un desierto. De día era y el sol agrietaba sangrientamente la brisa. Mi caballo y yo llevábamos muchos días atravesándolo, el agua escaseaba y el próximo pozo no sabía de donde surgiría. Mi vida había sido un caminar acuciante y desasosegado y tú, amiga mía, fuiste el manantial en el que hallé frescura, sombra y reposo... ¡Qué digo manantial! Tú fuiste. Chevia, un inmarcesible oasis, un rincón del paraíso en el que hallé refugio, sosiego, aura remansada.

Chevia, ¿es grande el mundo? ¿Son grandes los cielos que a veces zigzaguean por las trayectorias de nuestras vidas? Ya sospechaba antes que el azar es una hermosa e inaprensible ave que, de cuando en cuando, nos sorprende con su plumaje y sin percatarnos nos guía. También, desde luego, hay que estar mirando en esos momentos y con cierta pasión el cielo. Mas sea como fuere, lo nuestro fue un encuentro tan casual como pretendido, tan hermoso como soñado, tan humano como divino...

Cinco años hace que me acaricia la cálida frescura de tus frondosos besos. En esos pocos años casi olvidé los infernales senderos de antaño. Restañadas las heridas me dediqué, nos dedicamos, pues ya no existía el yo ni el tú, era siempre el nosotros (aun sin advertirlo la fusión de ambos, sin aceleramientos ni algarabías, había alcanzado su cenit); te decía, Chevia, que nos acercamos enfervorizados el uno al otro, pero tanto, tanto, que me parece llegamos a algún límite, ¿no crees...?

En ese tiempo reviví, revivimos sueños ajados, libertamos amaneceres enjaulados, enardecimos veladas inertizadas, recreamos horizontes desangelados; brotó, casi sin sudores, la savia de la ilusión, del encantamiento, la cincelada flor del amor la llamaría yo... Ese periodo, esos pocos años, Chevia, me parecieron... ¡eso!, justamente eso: un sueño. El sueño más hermoso que me haya asaltado jamás, y no solamente de noche, ni solo o dormido: soñaba sobre el duro suelo, bajo el sol, y despierto, a todas horas. El sueño, ese sueño mío, se había hinchado tanto que me iba transportando por los aires todos los pesares de mi propia existencia.

También soñando, Chevia, depositaré esta carta en el buzón de la vida, echaré este testimonio vital en el imperecedero registro de los recuerdos y allí quedará grabada en el legajo que tú sabes. Cuando recibas esta carta, Chevia, me habrá operado el cirujano de lo inoperable y se desesperará repitiéndose el infeliz que hizo todo lo que pudo. Y será verdad, porque aunque sé que lo mío ya no tiene ningún remedio, soñaré que bajo su mirada verde, entre sus dedos verdes, junto a su bata verde, atravesare la postrera y oscura puerta pero al final hallaré lejos, aunque muy lejos, el reflejo de tus ojos, Chevia, y esos si que son verdes...

Brosian Medina